

La Educación del Corazón. Afectividad y Sexualidad para el siglo XXI

El corazón entendido como centro integrador de la persona.

El orden interior del hombre ha sido herido. Solo hay que echar un vistazo a las nuevas psicopatías para darse cuenta de **que algo le pasa al hombre de hoy** que no acabamos de comprender y para lo que solo tenemos hipótesis más o menos afortunadas.

Los rasgos que definen los tiempos son la soledad, depresión, violencia, desánimo, adicciones, tristeza o alegría fatua... el hombre ha expulsado a Dios de su vida (o dicho de otra forma se ha auto expulsado así mismo del paraíso) y ha se ido en busca de sucedáneos de lo que anhela, que es la comunión, la unidad con otro que colme, garantice un acompañamiento real en la soledad, ante los miedos. Lo que parece que es una decisión realizativa: vivir en soledad, huir de todo compromiso (*hikikomoris, sologamia*, familias mononucleares a millones que se constatan en la caída en picado en las estadísticas de las uniones matrimoniales); la abducción a internet, a las series, a los videojuegos, apuestas; el que las calles parezcan canódromos; la nomofobia, las adicciones varias y las nuevas dependencias; la sexualidad de fin de semana, desenfadada y banal; la inmadurez permanente; la inestabilidad laboral; la atracción que ejerce el satanismo; la proliferación de géneros que denota una crisis de identidad exponencial; los fenómenos de moda tras el COVID19 de pánico ante la muerte por un lado, y por otro la invitación al jugar con ella de modo macabro (abrazándose para contagiarse) o haciendo deportes de riesgo buscando sensaciones cada vez más peligrosas. A todo ello se añade la frustración permanente por la irresolución de las expectativas del deseo, la pérdida de los mecanismos de contención social de la violencia, la falta de estructuras que legitimen y defiendan el orden social con justicia, la pérdida de rituales de pertenencia y la aparición de otros efímeros que, en lugar de cohesionar una comunidad, la disgregan; la falta de ética política; los abusos descarados de autoridad... Todo ello hace que la vida se experimente como una sucesión inconexa de sucesos anodinos e irrelevantes. Y que aquellos que nos muevan a la acción sean cada vez más histriónicos y banales (véase el caso de las estatuas de Colón y Fray Junípero). La búsqueda obsesiva de la salud, sin saber para qué ser saludables; de la sostenibilidad sin saber para qué o a quién sostener nos deja una cultura construida con espasmos de placer que se revierten al instante en su contrario. Creados para amar y ser amados se ha reducido en aquello que constataba el existencialismo como descubrimiento originario: haber sido arrojados a un mundo absurdo, frustrante, castrante del que hay que apearse cuanto antes tras agotar toda fuente posible de goce.

Hoy la educación tiene un gran reto. Hay que hacer un gran trabajo de recodificación, dada la tremenda tergiversación que el significado que las palabras más importantes de la humanidad han ido adquiriendo. Amor reducido a sexo; la afectividad a posesión emocional del otro; sexo reducido a espasmo animal e intercambio de fluidos; amistad a blandenguería sentimental para pasarlo bien; libertad a no tener ataduras; vida a experiencias en las que no pase nada doloroso; salvación a salud; comunión a compartir un lecho una noche cualquiera.

El hombre vive en un coma irreversible: cuando se mueve en alguna dirección y descubre el abismo del deseo insondable, reclama más sedación, hasta que el cuerpo débil y flácido ya no quiere moverse más en ninguna dirección. La vida se ha vuelto senil. Agotadas todas las experiencia posibles nos vemos obligados a buscar cada vez de una manera más histérica, menos humana, algo donde apoyar el deseo de seguir viviendo.

La mirada del educador está perdida en un horizonte de inmediatez. Educar es gamificar, entretener; no mira lejos, es una mirada de miope. La mirada del político es de inmediatez: un gobierno preado de intereses subjetivos que no entiende la política como servicio a la sociedad sino a uno mismo o al partido. Cuando el hombre mira lejos es tachado de crédulo o visionario. La herida del corazón es profunda porque solo tenemos expectativas, alguien nos ha robado la esperanza. Sin esperanza pronto advertimos que la vida no tiene sentido... que es un valle de lágrimas jalonado de vez en cuando por un espasmo placebo que se vuelve doloroso nada más realizado. Como decía Lord Byron ese es el gran problema: el deseo muere por su propia satisfacción.

El anuncio de la Gracia que sana el corazón humano; la posibilidad del educador de anunciar una verdad liberadora nos facilita un camino de retorno: la misericordia, el acompañamiento... sin juicio ante el que sufre. EL midrash hebreo habla de que previendo Dios que el hombre querría experimentar, usando la libertad que le concedió, el goce eterno en lo que tocara, y sabiendo la frustración que esto le iba a suponer, antes de crear nada creo la posibilidad de retorno: la teshuvà.

Por eso la mirada de la educación ha de partir desde el deseo originario, desde los anhelos del corazón... **Hay que reeducar el deseo.**

El Papa marcaba las claves de esta nueva pedagogía en la catequesis sobre «el deseo de Dios» en el Año de la fe:

«Sería de gran utilidad, a tal fin, promover una especie de *pedagogía del deseo*, tanto para el camino de quien aún no cree como para quien ya ha recibido el don de la fe. Una pedagogía que comprende al menos dos aspectos.

En primer lugar, aprender o re-aprender el gusto de las alegrías auténticas de la vida.

[...] Un segundo aspecto, que lleva el mismo paso del precedente, es no conformarse nunca con lo que se ha alcanzado. Precisamente las alegrías más verdaderas son capaces de liberar en nosotros la sana inquietud que lleva a ser más exigentes —querer un bien más alto, más profundo— y a percibir cada vez con mayor claridad que nada finito puede colmar nuestro corazón. Aprenderemos así a tender, desarmados, hacia ese bien que no podemos construir o procurarnos con nuestras fuerzas, a no dejarnos desalentar por la fatiga o los obstáculos que vienen de nuestro pecado»¹.

Hemos sido **expulsados del paraíso** por nosotros mismos y su eco nos persigue... por eso los hombres buscamos utopías, políticas, turismo exterior e interior, psicológico, nirvanas.

Esa expulsión que lleva al hombre a buscarlo en expresiones tan ridículas como la *sologamía*, que en algunos se manifiesta en forma de tragedia: desconfiamos, usamos a los otros, rompemos los vínculos, y establecemos otros más efímeros, menos comprometidos, pero totalmente insatisfactorios porque **el hombre tiene anhelo de eternidad en todo lo que hace.**

Esta situación es la **consecuencia de la pérdida de la relación esponsal originaria con Dios** que es la esencia de la revelación desde el Génesis

Si Dios no existe, el hombre tiene que **buscar en los otros un sustituto**, porque quiere tocar la eternidad, que anhela en lo profundo, pero “un ciego no puede guiar a otro ciego” (dicho en forma políticamente correcta: nadie puede acompañar a otro si no ha sido acompañado, porque los caminos de búsqueda son senderos que se bifurcan). Cree que el otro tiene que ofrecerle

¹ Benedicto XVI, Audiencia. El Año de la fe. El deseo de Dios, 07/11/2012.

ese toque de eternidad que él como pequeño dios se merece. Por eso el sexo y el afecto, que son un modo de ser genuinamente humano se corrompen, porque son una exigencia de ese pequeño dios narcisista que nos habita y que pide a gritos ser amado y nunca tiene suficiente. **Antropológicamente hablando somos un saco roto:** le podemos echar dentro todo lo que queramos... sexo, éxito, amistades, dinero, nunca lo llenaremos: entra por un lado y sale por el otro... agotamos la experiencia en cada acto sexual o en cada momento afectivo. **Al percibir su finitud es cuando el hombre siente el vértigo de la soledad y de la miseria del ser y empieza a sentir el eco del paraíso.** “¡¡Esto es todo!!”, decía Freud que era la frase más humana después de un orgasmo... es el drama humano. Esto es así porque se deposita en esa experiencia un anhelo de eternidad, creemos que con esa experiencia tocaremos el cielo, para siempre. Y, por supuesto, solo encontramos la contingencia y la finitud. Sentimos el tic-tac del reloj que marcha inexorable hacia la muerte. Es la gran frustración del hombre, decía Lord Byron, experto en afectividad y sexualidad biológicas: es que el deseo muere por su propia satisfacción.

En las catequesis sobre el matrimonio, Juan Pablo II comenta la influencia que han ejercido sobre nuestra comprensión del mundo los tres filósofos de la sospecha (Ricoeur). Sus fórmulas para construir el paraíso en la tierra son tres expresiones de la concupiscencia²: de la soberbia de la vida: Nietzsche; de la envidia, Marx; del deseo libidinal desatado, Freud. Son los canalizadores del deseo, los que orientan a la humanidad sin dios de lo que deben hacer para volver al paraíso añorado. Son las tres tentaciones del desierto en las que ahora no podemos entrar y que merecerían un tratamiento aparte.

Lo que pasa es que nos ha reducido la pseudociencia actual a mera animalidad, como si solo pudiéramos esperar de la vida experiencias biológicas, como si fuésemos solo máquinas deseantes (Délèuze)

Como no llegamos a tocar la eternidad **nos conformamos con lo que tenemos resignadamente y afirmamos que es “lo que hay” y solo eso.** Tenemos el **síndrome del Rey Midas**. Los cuentos encierran una gran sabiduría³. Pero siempre será una fuente de frustración porque **no es lo que tenemos grabado en el ADN**. Así, la culpa de esa insatisfacción permanente se la echamos al otro, que se convierte en nuestro chivo expiatorio o nuestro sparring personal. **Chesterton** decía que cuando un hombre está llamando a las puertas de un burdel no lo sabe, pero está buscando a Dios⁴. Lo que hay detrás de Chesterton es sin duda **Juan 4. El evangelio de la samaritana**. Lo que esta mujer buscaba, y no lo sabía, es el manantial de vida eterna que busca todo hombre. Mientras no lo encontremos hay que bajar al pozo. Pero en realidad lo que buscaba es un “novio” para siempre, un verdadero marido. Por eso había probado con cinco, estaba con el sexto, pero al que esperaba era al perfecto, el séptimo. El número siete no deja dudas. En la Escritura el siete significa la perfección de lo creado. Cristo es el Novio, el esposo que anhelamos... mientras no llegue al encuentro, nos conformamos con sucedáneos. ¿Por qué si no, Cristo es tan compasivo con los pecadores sexuales, en especial mujeres? Sabía que la mujer

² Deriva del cultismo “concupiscentia”, que puede traducirse como “ambición” o “codicia”. Un cultismo que, a su vez, deriva del verbo “concupiscere”, que es sinónimo de “codiciar de forma fuerte”. Lo hemos reducido a lo carnal, pero su semántica es mucho más rica: está relacionada con el deseo de sustituir a Dios haciendo una creación a nuestra imagen. Amar más las cosas que a Dios; desear sin límites morales; querer lo que el otro tiene...

³ Cf. Diego Blanco, *El evangelio en los cuentos*, Encuentro, Madrid, 2020. Siguiendo la estela de Vladimir Propp, *La morfología del cuento*, y Bruno Bettelheim, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (*The Uses of Enchantment: The Meaning and Importance of Fairy Tales*).

⁴ G.K. Chesterton dijo: “Todo hombre que toca la puerta de un burdel está buscando a Dios” (*Collected works*, Volúmen I)

busca lo perenne, lo estable, porque está pensando en la crianza, es lo que tiene en su ADN. Bueno, lo que tenía... la cultura actual la ha alejado con promesas vanas de sus anhelos más hondos. Deshagámonos del aspecto religioso que nos viene a la mente cuando nombramos a Cristo. Cristo aquí es la oferta de sabiduría que colma ese anhelo de realización que nos inquieta. Es el acompañante perfecto cuyo amor libera, en lugar de atarnos. Porque su amor no se resume a un espasmo de placer si no a lo que verdaderamente buscamos: ser queridos como somos, sin que se nos quiera cambiar. Es una verdadera relación sponsal que no está constituida a base de placer si no de mutua donación. Tal vez pensemos que con él no puede realizarse, que necesitamos ese abrazo físico. Si nos dejamos acompañar por él descubriremos en los otros esa posibilidad de amor liberador, nuevo, que nada tiene que ver con afectos de posesión, narcisistas, o de intercambio negociado.

“Es una ilusión pensar que podemos construir una verdadera cultura de la vida humana si nosotros no... aceptamos y experimentamos la sexualidad, el amor y la vida entera de acuerdo con su verdadero significado y su profunda relación”. Eso es lo que Juan Pablo II afirma en *Evangelium vitae* (n.97).

El **abrazo sponsal**, que es la **fusión de corazones**, es el **fundamento antropológico no solo del matrimonio, sino de la vida humana**. La familia entonces – y en consecuencia, la cultura en sí misma – surge de ese abrazo -. En pocas palabras, según como marcha la vida afectiva y sexual van el matrimonio y la familia, y como consecuencia la civilización (F. Hadjadj).

El problema histórico ha sido que cuando la Iglesia ha tenido cierto grado de influencia para organizar la vida cultural siempre lo ha hecho desde el moralismo. Con la buena intención de evitar a los hombres el sufrimiento de una relación que perdiese de vista el ADN proponía una cultura de la exigencia, y de la ley. El error podría explicarse con una metáfora: es como enseñar a los niños a amar la literatura empezando por aprender las farragosas leyes de la gramática en lugar de mostrar primero la belleza del relato. La poesía hay que enseñarla leyendo poesía, en lugar de estudiar la métrica. Luego vendrá la demanda de saber sus leyes.

La **afectividad y la sexualidad** no son más -y nada menos- que un mero apéndice de algo más profundo: ¿Quién es el hombre? ¿Cuál es la clave para entender este ser misterioso? ¿Cuál es su sentido en medio de la creación? El **cuerpo mismo proclama el misterio de Dios**, decía Juan Pablo II en sus catequesis de los miércoles sobre teología del cuerpo. ¿Cómo lo hace? La **complementariedad** en función de la vida. Es **tan bello y sublime porque remite al creador, no por sí mismo**. Si la belleza el hombre y la mujer la remiten a sí mismos o al otro dejará de tener sentido la relación cuando la precariedad de la enfermedad o el paso del tiempo nos desgaste o deteriore. Pero es tan bella la relación de complementariedad que en la Revelación cada vez que se expresa la relación de Dios con el hombre que ama, con el pueblo que ama, siempre lo hace en términos sponsales. Es el plan que Dios había concebido desde la eternidad: “desposarse” con cada uno de nosotros (cf. Oseas 2:18). Sabiendo que nuestra debilidad nos podría alejar de ese plan, nos advirtió la increíble fidelidad a ese amor a través de los profetas. Manda a Oseas que se case con una prostituta. Cuando esta le abandona una y otra vez y se va con sus amantes, Dios ordena al profeta que la recoja, la limpie, la haga un hijo y le ponga nombre para el recuerdo de cada adulterio. De esta manera muestra su afecto infinito y su paciencia con la criatura que él concibió. **¿Qué es lo que trata de decirnos a través de los textos de las Escrituras?:** “revelarnos su secreto más profundo: **Dios mismo es una eterna entrega de amor**, El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y Él nos ha destinado a compartir esa entrega” (CCC, n.221).

La imagen de **esa fusión de corazones, de abrazo esponsal**, trata de decir que esa **es la imagen en la tierra de la Trinidad**. “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia”. (Ef 5:31-32).

Entender el plan de Dios para el cuerpo y la sexualidad es la intención de toda la Escritura y por supuesto “la perspectiva de todo el Evangelio, de toda la enseñanza, y aún más, con toda la misión de Cristo” (*Teología del Cuerpo*: 49:3). Por eso la Encarnación es toda la revelación.

La última realidad en sí misma es revelada a través de la Palabra hecha carne. “Cristo – a través de Su cuerpo es la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”. (Gaudium et Spes, n.22)

El cuerpo revela a la persona, decía Christopher West siguiendo a J-P II

Si la soledad (¿Por qué soy una persona única e irrepetible?) es la pregunta humana, comunión es la respuesta divina. La experiencia de “ser un cuerpo” no sólo demuestra que Yo estoy “solo”, demuestra también que tengo necesidad de otro. “No conviene que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada”. **Fuimos creados para amar, para vivir en comunión con el “otro”**. Y esta llamada al amor está escrita precisamente en nuestros cuerpos. El cuerpo de un hombre o de una mujer no tiene sentido por sí mismo. Descubrimos que el cuerpo tiene un significado esponsal.

El **significado esponsal del cuerpo** se refiere a “la capacidad que tiene el cuerpo para expresar amor: si vivimos de acuerdo con la verdad de nuestra sexualidad, le damos sentido y plenitud a toda nuestra existencia”. Esto no es algo abstracto. Aun cuando el pecado nos ha distanciado de la belleza y pureza del plan original de Dios, cada uno de nosotros conoce el “dolor” de la soledad y el anhelo de comunión. Todos conocemos la “atracción magnética” que tiene el deseo erótico.

La **experiencia atestigua que, aun viviendo la más maravillosa relación humana, ese “dolor de soledad interior” permanece**. Nos morimos solos. Esa gran experiencia que nos ha puesto en evidencia el COVID19. **Seguimos anhelando “algo más”**. Si la sexualidad realmente fuera la “satisfacción plena” entonces el matrimonio sería el cielo en la tierra. Pero la unión del hombre y de la mujer es en su máxima expresión un pálido reflejo de un sacramento de algo infinitamente superior.

“Por esta razón... los **dos son una sola carne**”. ¿Por qué razón? Para revelar, proclamar, y anticipar la unión de Cristo con la Iglesia (Efesios 5:31-32 – Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia). Tomando una idea de San Agustín, estamos hechos para la comunión con Cristo, y nuestros corazones no descansarán hasta hacerlo en el eterno abrazo de comunión esponsal con Cristo y los santos.

Cuando perdemos de vista la unión eterna, inevitablemente vemos la imagen terrenal (el abrazo esponsal) como la satisfacción última. Lo que fue pensado para ser un ícono del cielo se convierte en un ídolo.

La confusión sexual prevalece en el mundo y en nuestros propios corazones y no es otra cosa que nuestro – deseo por el cielo – trastornado, loco, confundido. El **significado de la vida es emborracharse y tener sexo sin parar**. “Destuerce” estás falsificaciones y descubrirás dos sacramentos: La **Eucaristía y el matrimonio**. Por eso -no es el lugar- pero debemos recordar que

el inicio de la publicitación del evangelio por parte de Jesús es en unas bodas en las que el vino es insatisfactorio. Ebrios de mal vino la humanidad sabe apreciar cuando este es de calidad. Este es el que anhelamos, pero nos conformamos con vino de garrafón, creemos que la cantidad de orgasmos suple el vacío que sentimos por la falta de un abrazo de calidad (el que te acoge como eres, el que muestra gratitud y libertad, el que se ofrece e inmola para que el "otro" sea)

Estamos **llamados a estar embriagados del vino nuevo que Cristo nos da**. ¿Y dónde fue en donde Cristo dio por primera vez este nuevo vino? En una *Boda* (Juan 2. "Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: "No tienen vino.") La unión del hombre y la mujer nos puede dar el gozo que buscamos si es imagen del amor de Cristo derramado en la Eucaristía. Esto es lo que realmente anhelamos. Detrás de todo pecado, detrás de todo desorden, existe el genuino deseo humano que supone debe ser satisfecho a través de Cristo y Su Iglesia.

El Evangelio del cuerpo

El "**corazón del evangelio**" es la presentación de la vida humana como una vida en relación con otro": "el sentido de la vida se encuentra dando y recibiendo amor, y bajo esta luz la sexualidad humana y la cocreación alcanzan el verdadero y pleno significado". (*Evangelium vitae*, n.81)

Podríamos llamar esta profunda visión encarnada el "Evangelio del cuerpo". El Evangelio es una llamada a la comunión. Es lo que anhelamos y es lo que nuestros cuerpos gritan: ¡comunión! Como Juan Pablo II afirma en su carta en el *Nuevo milenio*, "Hacer de la Iglesia -la casa y la escuela de la comunión-: ese el gran reto que enfrentamos en el milenio que comienza, si deseamos ser fieles al plan de Dios y responder a los anhelos más profundos en el mundo" (n.43).

El amor sexual pretende ser imagen del Amor de Dios. La ética sexual de la Iglesia no es una lista puritana de prohibiciones. Es una llamada al amor auténtico. Todo el mundo lo anhela pero no sabe dónde conseguirlo porque la esperanza, la confianza -que es la consecuencia de la fe- también nos ha sido robada.

El Catecismo nos señala la íntima relación entre la pureza del corazón, el amor a la verdad y la ortodoxia en la fe. (Véase CCC, n.2518) ... pero esta es otra historia.